

# Cerrá la escotilla, nena

Ana Claudia Martínez



Image not found.

## Capítulo 1

La soltería, ya de cinco años, le había dejado como beneficio secundario una buena caja de ahorro repleta de sueños por cumplir. Lo único que le vino en mente para sorprenderla, en su primer viaje a Estados Unidos, era un ticket, costosísimo, que guardaba con recelo en la cuenta de mail.

No hacía mucho se habían conocido por internet pero confiaba en que era su alma gemela. Se sentía un tanto ridículo por creer en la fantasía de esa mitad cítrica. Le consolaba pensar que alguien un poco ácido, como había demostrado ser ella en algunas vetas irónicas, apaciguaría los reclamos empalagosos de su parte. La multiplicación de días en soledad le abrió un apetito voraz de tomar todo de la otra persona, y no escatimaba en graduación edulcorante.

- Moni, cuando llegues nos tomamos un día de descanso y al siguiente partimos en un bus que nos lleva hacia la sorpresa que te tengo como regalo de bienvenida – apenas se contenía para no revelar su secreto.  
- Pero bichi – hacía unos seis meses se conocían pero la realidad virtual había exacerbado las emociones románticas, y al mes ya tenían apodos de lo más tierno – no te hubieras molestado –aunque se regodeaba en la ilusión de que, por fin, un hombre le demostrara el interés que ella siempre había buscado, entre tanto inmaduro con el que se había cruzado en treinta y pico de años de relaciones fallidas – que yo voy encantada aunque no tengas nada para mí. Con que estés vos en el aeropuerto ya es más que suficiente – ahogó un suspiro de temor que le hacía imaginar los más terribles escenarios, en los cuales Rodolfo no se presentaba, o si bien lo hacía se arrepentía al verle y se escondía tras una columna, dejándole allí a merced de cualquier gringo angloparlante.  
- ¡No sabés lo que es! Es imposible que imagines de qué se trata. Sin embargo... vos tenes la clave del secreto. En uno de los tantos temas que compartiste conmigo –se acaramelaban a la distancia con la ensalada musical que cada uno aderezaba según su estado anímico – está la frase que me disparó el impulso.

Apenas pudieron conciliar el sueño – ella en Montevideo, ciudad que la alojó por esa única noche, previo a tomar el vuelo; él en aquella ciudad norteamericana de calor y playas paradisíacas que invitaba a los turistas al derroche y desenfado, mientras otros menos agraciados se rompían el lomo trabajando haciéndole zigzag a los impuestos – con la mente poblada de fantasías y deseos de ese ansiado encuentro.

El cruce de miradas fue un flash de alto impacto. En ese microsegundo en que a la distancia notaron que eran uno solo, sin que nadie detectara la simbiosis, despejó todas las dudas. Se llevarían a la perfección, así debieran mudarse de planeta. Ninguno de los dos estaba dispuesto a

transitar una nueva frustración.

Había gastado todos sus ahorros en esos tickets y Moni debió renunciar a su trabajo como encargada de un local de perfumes, pelearse con sus padres que desconfiaron de un plan tan descabellado – *“¿te parece, María Mónica, dejar todo para ir detrás de un tipo al cual no conocés?; Que sí conozco, mamá, estos son otros tiempos y ya hemos agotado todos los recursos de comunicación, hacemos videollamada todos los días, nos enviamos fotos, sé la dirección, dónde trabaja, quién es su familia, etc. Vos no entendés porque sos de otra época. Yo sé lo que hago”* – y guardar sus pertenencias en algunas maletas y largarse a una aventura de grandes riesgos. Según ella, lo peor era no asumirlo y seguir repitiendo el patrón de conocer gente, porque ni seres se les podía considerar, que no valía la pena y ahondar más en el profundo desasosiego de saberse sola y, cada minuto, más añeja.

Ese primer día de encuentro fue para dar rienda suelta a una pasión contenida que conspiró contra la tranquilidad. Cada lamida, en los recovecos de esos cuerpos que habían madurado con rastros de ausencia en la piel, era bálsamo para las heridas aún abiertas. Como el limón ella era aséptica, higiénica, antibiótica en cada beso, mordida y abrazo. Él era bueno para suavizar las asperezas con su néctar. Conocía la dosis exacta para endulzar los costados dolidos y ablandar las zonas duras del alma que ahora se le abría bajo las sábanas.

Tras el éxtasis – repetido y estridente – posó sobre el pecho desnudo, y constelado de lunares, con los pezones aún erectos, los dos tickets impresos.

- Cabo Cañaveral, Nave Espacial “Estrella de la muerte”, Número 089 – 5603 – IGH – Hora de embarque: 09.00 am. Hora de despegue: 11.00 am. Fecha de regreso: 18 de Abril - leía, enajenada, entrando en una zona próxima al shock, en voz alta y pausada – Pero esa es la fecha de tu cumpleaños... ¿Y si algo sucede y no podemos volver? Mirá si algo pasa y quedamos orbitando en el espacio... – con temor se cubrió los senos, en un pueril intento por tapar la realidad que ya tocaba a su puerta.  
- ¿Por qué decís eso? ¿Es por el nombre de la nave? No te preocupes. Ya averigüé todo y embarcamos mañana, que es tu cumple. Este es mi regalo – besó aquellos pequeños timbrecitos con los labios suaves y tibios.

- ¿Estás seguro que todo va a estar bien? Quiero que lo nuestro sea perfecto y no se rompa por nada del mundo. Si supiera que todo se va a complicar a nuestro regreso, te juro, mirame bien – le retiró la vista de su ombligo y, con ambas manos, le posicionó frente a su mirada penetrante – te juro que prefiero que, de alguna manera, quedemos orbitando en la estratósfera aunque tengamos el oxígeno limitado.

- ¡Qué intensa estás, bichita! Yo te aseguro que *allá vamos a encontrar lo que buscamos* – le atrajo, en un abrazo, para juntarle las partes

temblorosas, y el aire de miedo se le escabulló dejándole el cuerpo flojito para que le abrazara mejor.

Partieron con emoción y cierta cuota de terror cubriéndole desde los pies hasta la última fibra de cabello. Ninguno de los dos nunca se había casado pero intuían que el mismo pánico flotaba entre las parejas que darían el "sí, *acepto*". Pasar por el altar era como lanzarse en una nave espacial a un terreno desconocido, donde podría faltar el oxígeno, desconectarse algún cable y dejarte vagando en el universo oscuro, atropellarte un meteorito y herirte sin posibilidad de ser curado, entre tantos accidentes que a uno le acomete cuando se aventura al riesgo de comprometerse con otra persona.

Una vez que el lanzamiento se llevó a cabo se abrazaron aunque los trajes de astronautas les cubrían como cápsulas. La desnudez del día previo rompía todas las barreras de separación, por lo que, tras los cascos cerrados, sonreían maravillados por la experiencia de debutar juntos en penetrar las tierras inmatrimiales del universo.

Los meteoritos iluminaban las retinas cuando menos se lo esperaban. Un horizonte de posibilidades se desplegaba a cada segundo. Eran eternos, no tenían principio ni fin, la noción de infinito era palpable y cada trago de saliva era recordar la humanidad contenida en la boca. La palabra era eco muerto y el silencio el sonido primordial. Brillaba el origen en cada estrella y el planeta Tierra, pequeño, distante, polarizado en sus tonos azules y verdes, se les hacía como un punto enemigo que no querían recordar.

Las horas y los días transcurrían en un tiempo diferente que fue imposible controlar. En determinado momento debían trasportarse a una nave de mayor dimensión para iniciar el regreso.

El comandante abrió la escotilla y los pasajeros, uno a uno, fueron subiendo las escaleras que allí les conducía, luego al puente de traslado y, por fin, ingresar a la otra nave que les aguardaba con las puertas abiertas.

Sin mediar palabras se escondieron en el baño. Dejaron que los minutos transcurrieran mientras saboreaban el paisaje galáctico con la ventanilla abierta. Sintieron, en ese viaje sideral, cómo una crema suave, dulce y blanca se derramó en sus ojos.

No los cerraron. La crema de estrellas ingresó por las pupilas dilatadas y cubrió, con inmenso regocijo, aquellos cerebros curiosos y despiertos al amor universal.

Retornaron a sus asientos cuando eran capaces de leerse la mente. La materia blanca se comunicaba sin necesidad de gestos o palabras. El puente blanco, brillante, les cruzaba en un amor que se reproducía de

manera geométrica, sin un fin previsible.

Ella tuvo el impulso de cerrar la compuerta.

En una especie de eco universal le llegó un mensaje que se cristalizó en una mano dócil y entregada.

- *"Cerraré la escotilla, nena, aquí no hay gravedad".*

En la levedad del espacio abandonaron la palabra, el deseo y los miedos terrenales.

Se desintegraron en lo que se reconocían humanos para así, sin límites, sin piel, sin separación, dejarse bañar, unidos en la inmensidad, por un mar de estrellas.